

ANTROPOLOGIA DE LA INTIMIDAD

UNA UTOPIA VIABLE

MIGUEL ANGEL MARTI

Profesor Agregado de Filosofía
del I.B.. Córdoba

La intimidad es el espacio donde se desarrollan las relaciones humanas. Sin intimidad el paisaje humano se convierte en desierto. Los oasis de determinadas relaciones interpersonales son trozos de esperanza, pero no toda la esperanza del horizonte del hombre. Se impone la necesidad de repoblar el desierto de la convivencia humana. ¿Una utopía?. Sí, pero viable.

¿INTIMIDAD O IMAGEN?

Sin intimidad no hay vida auténtica, sin intimidad la vida se convierte en retazos de posiciones tácticas, en estrategias para guardar la propia imagen. El hombre viene a ser como una flecha a punto de ser lanzada, en tensión, pero que es contenida en su interior por miedo, por inseguridad, por desconfianza; esta tensión, aunque disimulada, se traduce en una cerrazón interior para contener la no-salida del "yo" bien en ideas o afectos, que es captada por el otro o los otros bajo el concepto de una personalidad fría, distraída, ajena al mundo circundante, no integrada, cuyas reacciones oscilan a veces entre la euforia y la depresión, entre el mutismo y el verbalismo exagerado, entre la intolerancia y la sumisión: síntomas todos ellos patológicos, fruto de esa falta de transparencia -naturalidad- en el trato con los demás.

Pero saber que los hombres necesitan de un

microclima de intimidad, es saber algo del clima adecuado para las relaciones humanas, pero el problema sigue vigente si, primero, en un plano especulativo, y luego en el campo de la vida vivida, no precisamos el concepto de intimidad y su distinta contextualización en las diversas situaciones en que se establecen las relaciones entre los hombres.

Yo referiría, en un primer momento, el concepto de intimidad únicamente al hombre que es cada uno. En un segundo momento, la intimidad se abriría al otro (al tú), y después a los demás.

LA SALA DE ESTAR DEL PROPIO YO

¿Qué quiere decir que el hombre tiene o debe tener intimidad consigo mismo?. La respuesta a esta pregunta exige un esfuerzo para clarificar de una forma depurada el concepto de intimidad. Yendo de las posiciones más fáciles a las más difíciles quizá resulte más viable abordar esta cuestión con éxito.

La intimidad requiere, como primera condición, la soledad, no sólo material, sino también psíquica. El esquizofrénico, el neurótico, el que tiene una obsesión persecutoria, no está solo; su vida personal íntima se ve interferida constante o esporádicamente por la presencia del otro/s, se siente impotente, no es capaz de quedarse a solas consigo mismo: el otro, los otros le han robado esa sala de estar cómoda en donde cada hombre se siente a gusto. Intimidad, pues, en este primer nivel se identifica con una autonomía consolidada de afectos e ideas. Cuando el hombre es capaz de asumir la soledad -la ausencia de los otros- ese hombre ha alcanzado la primera plataforma de la intimidad. Tener intimidad consigo mismo es comprenderse, valorarse, saber sustraerse del mundo circundante sin ansiedades. Esta ausencia de una permanente ansiedad afectiva es el síntoma más relevante de que el hombre se encuentra distendido consigo mismo.

Este primer nivel de intimidad, que condicionará

a las demás formas de intimidad, necesita un proceso de maduración de la personalidad. Dicho de una forma cruda: sólo una persona madura se "soporta" a sí misma. Intimidad y madurez se nos muestran, pues, estrechamente vinculadas. Cabría entonces preguntarse si el niño carece de intimidad. La intimidad del niño es una intimidad de recortes. Su intimidad está centrada casi exclusivamente en su mundo lúdico-imaginativo. Su mundo interior es semejante a las piezas de un **puzzle** del que desconoce las reglas del juego. De ahí que sorprenda a los adultos con sus preguntas o respuestas en las que el propio yo del niño queda al desnudo sin él saberlo.

EL RIESGO: UN PROCESO INVOLUTIVO

Ese grado de intimidad con uno mismo que comporta la madurez, puede alcanzar umbrales distintos. No necesitar siempre de alguien o de algo (TV, por ejemplo), es una conquista, pero la intimidad del pronombre "yo", que antes asociábamos al ámbito amable de una sala de estar, está abierta a un enriquecimiento. El naranjo tiene autonomía propia, pero hay naranjos y naranjos: todos pasan la noche en soledad, pero no todos florecen ni todos dan naranjas, ni todas las naranjas son igual de dulces. No basta "soportarse", la intimidad reclama la fecundidad. Cuando el hombre en su soledad únicamente es capaz de enfrentarse con la tapia blanca de su propio "yo", sin que aflore en él la reflexión y la creatividad, esa intimidad es todavía muy balbuceante. Esa intimidad está exigiendo un proceso de aprendizaje que le enseñe a bucear en su interior para sacar a flote las piezas que componen su mundo interior. La misma vida lleva al hombre -hay excepciones- a alcanzar una cierta autonomía afectiva, pero este comportamiento si no alcanza un techo más alto, esa intimidad será arrebatada por la imaginación -fugas al pasado o al futuro- o enajenada por un activismo "activo" (necesidad de estar siempre haciendo algo) o

"pasivo" (necesidad de escuchar o ver siempre algo; por ejemplo, radio, TV): la sala de estar se convierte en un lugar público donde constantemente está presente el otro con el recuerdo, con la voz o incluso con la imagen, sin que haya surgido el mundo íntimo, personal.

EL FACTOR HUMANO

Para salir de este proceso involutivo es necesaria una actitud de autovaloración, porque lo que no es digno de atención se desprecia o, en el mejor de los casos, se ignora. ¿Y qué intimidad puede haber en un hombre que al intentar un proceso de interiorización parte del prejuicio de que no va a encontrar nada, o que piense que este ejercicio es, **a priori**, una pérdida de tiempo?. Declararse impotente o minusvalorar anticipadamente la paternidad de la autorreflexión y la creatividad conlleva una actitud abortista de la propia condición de hombre. Y si no hay nada que guardar o nada que enseñar la intimidad queda anulada: no existe. Y la relación con el otro será estereotipada, y su comportamiento social será marsupial.

Antes de avanzar en nuestro propósito de analizar las tres vertientes (yo, yo-tú, yo-los otros) en que la intimidad debe estar presente cualificando nuestro comportamiento, es necesario subrayar que el calificativo de "irrepetible" que va unido a cada hombre es el mejor trampolín para lanzarse sin prejuicios nihilistas a la búsqueda de ese algo que cada "yo" sólo él tiene y es precisamente en la fruición de ese descubrimiento cuando se posibilita a sí mismo a una auténtica relación de intimidad con el tú y los demás.

LA TRANSPARENCIA: UNICA ALTERNATIVA VALIDA

La estructura bipolar de la relación yo-tú requiere por parte del yo personal el autorreconocimien-

to de la identidad de éste y la actitud de apertura a la intimidad del otro. Sin estas dos premisas, que deben darse simultáneamente en ambos sujetos que establecen una relación humana, la intercomunicación se da sólo a un nivel epidérmico, informativo: se intercambian datos, se transmiten incluso vivencias, se comunican experiencias; pero ambos núcleos humanos permanecen opacos, sin que se establezca una auténtica relación personal. Dicho con otras palabras, las relaciones humanas necesitan de una estructura- puente que incide en el yo personal de los que establecen una comunicación: sin una política de transparencia el diálogo pierde su carácter humano para convertirse en un instrumento de manipulación.

ERRADICAR LA PROYECCION PERSONAL

En la relación "yo-tú" el subconsciente del "yo" puede aflorar proyectando en el otro los propios códigos de comportamiento. Cabría preguntarse el porqué de esta proyección. Su razón última radica en que el propio "yo" al no haber asumido su propia intimidad y al no haber tomado conciencia de que su personalidad es única, irrepetible, considera paradigmáticos sus propios modelos de conducta. De haberse percatado del nexo que existe entre "el yo me comporto así", "porque soy así", cuando emergiera la proyección de su "yo" sobre el otro, quedaría erradicada, porque prevalecería el convencimiento de que el otro es siempre distinto, y al ser distinto sus motivos de actuación son o pueden ser distintos. Pero para llegar a este convencimiento es necesario que el yo personal haya alcanzado la madurez.

CALIDAD DE LA PALABRA

Hablar de relaciones humanas y no subrayar el valor relevante que la palabra tiene, sería descalificar dichas relaciones. Nadie duda que las palabras pueden llenar huecos de silencios incómodos, que

pueden mantener un diálogo coherente, pero no es esta precisamente la función que le corresponde a la palabra si la relación con el otro ha de ser humana. La palabra es la forma habitual de comunicación; de la calidad de la palabra dependerá, pues, la calidad de la comunicación. No es una contradicción afirmar que una conversación puede estar acompañada de soledad. Bien sabido es que la proximidad física puede alcanzar cotas altas de soledad, del mismo modo que un verbalismo exacerbado puede convertirse en la caricatura más dramática de la compañía. La apertura al otro se da a través de la palabra (escrita, oral, gestual), pero la palabra por sí misma no es una credencial para penetrar en la intimidad del que escucha. Conocido es por todos también que hay silencios elocuentes. Qué tienen esos silencios para usurpar el carácter más específico de la palabra, su comunicación: la honradez, la apertura al otro, el reconocimiento de la intimidad del otro, el andar en verdad. Pero la palabra debe ser escuchada con la misma actitud de seriedad que es pronunciada. Las interferencias en el diálogo son casi siempre una muestra de que no se toma en serio la palabra del otro. Pocas actitudes hay más humanas que la de saber escuchar. Cuando este ejercicio de escucha es una norma de conducta, no precisamente motivado por lo que se dice, sino porque hay un hombre que habla, cuando esta actitud receptiva es una regla habitual en la relación con el otro, y si esta actitud es recíproca el diálogo alcanzará el nivel exigido para que las relaciones sean humanas. Y si hay soledad, porque la palabra también tiene su techo, será una soledad compartida.

Estructura bipolar de la relación "yo-tú", conocimiento del yo personal y reconocimiento del tú también como otro yo personal, transparencia en el diálogo, valoración de la palabra y actitud de escucha: son presupuestos del diálogo que quiere ser humano, y como tal teñido de intimidad.

LA INTIMIDAD CON LOS OTROS

¿Quiénes son los otros que entran a formar parte de mi convivencia?. Los otros no son personajes secundarios a no tener en cuenta en la biografía personal de cada hombre. Suponer lo contrario sería jugar a Robinson Crusoe, pero en una isla llena de rascacielos y semáforos, superpoblada. Este juego admite distintas modalidades: desde "la gallinita ciega" hasta "el del escondite". Pero los juegos terminan aburriendo, cansan, y el único descanso es volver a la realidad, y en la realidad están los otros.

El contexto humano es tan rico que difícilmente admite yuxtaposiciones de biografías aisladas: la sintaxis de la vida coincide con la estructura de las oraciones subordinadas, porque la vida de cada hombre fluye necesariamente entre la vida de los demás, si se quiere con pequeños parones de puntos y comas. Y es en este fluir de mareas altas y bajas, de bonanzas y tempestades, donde la intimidad hace posible la imposibilidad del naufragio. Elevada el ancla de la intimidad, la vida -de quien sea- va la deriva, y su fin es el naufragio.

Hemos pasado de la tónica y utópica isla solitaria al puerto de mar, y en el breve recorrido hemos echado por la borda la sintaxis de Azorín, porque sus yuxtaposiciones excluyen el hilo conductor que atraviesa la con-vivencia. Las metáforas habrán sido más o menos acertadas, pero el propósito a que apuntan es claro: la vida en solitario-con-los-otros es un suicidio. Parece, pues, por lo que llevamos dicho, que el éxito de la singladura humana radica en que el hombre no se encuentre solo en el espacio donde trabaja, descansa o se divierte. Ya es imposible dilatar más la contestación a la pregunta: ¿En qué consiste la intimidad con los otros?.

La intimidad con los otros consiste en ser fiel a uno mismo y aceptar a cada uno de los otros como son. Cuando se asumen estos dos axiomas, las relaciones con los demás van marcadas con el sello de la

autenticidad, y todo lo que es auténtico termina por reclamar la atención y el respeto. Y cuando la actitud de atender y respetar a los otros es el resultado de una convicción y no una postura táctica, con el paso de los días en-convivencia, da a luz al cariño y a la alegría. Hablar en estos términos de las relaciones humanas supone el haber dado con la clave de la intimidad.